

LAS NARRACIONES ORALES, ENTRE LA FICCIÓN Y LA LEYENDA

Ángel José Málaga Diestro¹

Resumo: à luz dos estudos das poéticas orais, o texto narra o repertório da tia-avó do autor, a qual costumava contar-lhe histórias de terror. Durante as linhas que seguem, apresenta-se o conceito de lenda, na tentativa de compreender como funciona a cultura popular em comparação aos recursos necessários para considerá-las como literatura ficcional.

Palavras-Chave: Narrativas orais. Literatura ficcional. Memórias.

THE ORAL NARRATIONS, BETWEEN THE FICTION AND THE LEGEND

Abstract: based on the studies of oral poetics, the text contains the narratives of the author's great-aunt, who used to tell him horror stories. During the following lines, the concept of legend is presented, in an attempt to understand how popular culture works in comparison to the resources needed to consider them as fictional literature.

Keywords: Oral narratives. Fictional literature. Memoirs.

Entre la ficción y la leyenda

Cuando era niño, en un pueblo de Arequipa llamado Yarbamba, que está muy alejado de la ciudad y conserva tradiciones milenarias, vivía una tía abuela mía muy querida y muy viejita y muy famosa por contar relatos de terror sobre aparecidos, brujas, almas en pena, duendes, etc. Un día, mis hermanos y primos menores me pidieron que hablara con ella para que nos dé una sesión de sus

¹ Autor del libro de cuentos "Final del viaje". Estudió Narrativa Básica, Intermedia y Avanzada en el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

famosos cuentos. Fuimos a buscarla una noche de luna llena. Cuando tocamos la puerta de su casa, ella salió a recibirnos con mucho cariño, como siempre nos trataba, particularmente a mí que era el nieto mayor de su hermana, mi abuela Guillermina.

Nos invitó un postre de calabaza muy rico preparado por ella misma. Luego, ya sentados en la mesa y al ver nuestras caras inquietas, nos preguntó a qué debía el honor de nuestra visita. Yo le dije que habíamos venido para que nos contase sus famosos cuentos de terror. Entonces, dando una mirada a los más pequeños, me dijo:

— Pero ellos se van a asustar, después no van a poder dormir.

— No te preocupes, tía — le respondí — ellos saben que son solo cuentos, que no son reales las historias que tú cuentas.

Entonces, como nunca antes ni después en mi vida, vi que su rostro amable y bondadoso adquirió un rictus de ira. Me miró directamente a los ojos y me dijo:

— O sea, tú crees que yo soy una mentirosa. Por si acaso, las historias que yo cuento son absoluta verdad.

Después, con los años, lo pude entender. Esas historias que, para nosotros, niños de ciudad, eran fantasías, inventos de la tía abuela, porque quién va a creer que ciertos días y a ciertas horas las brujas del pueblo salían a volar en sus escobas, o que una noche muy cerrada mi tía abuela vio en persona al mismo diablo, para ella eran reales. Este recuerdo de mi tía abuela me vino de pronto durante las clases del Seminario Internacional, literaturas comparadas, el núcleo brasileño y las literaturas de América Latina “Poéticas orais e comunidades narrativas” a cargo de la doctora Edil Silva Costa.

Y me pregunté si todas estas historias orales que se cuentan en esos pueblos alejados de las ciudades y que se transmiten de generación en generación tienen muchas cosas en común en nuestros países de Latinoamérica. También me pregunté si para esos contadores de historias, lo que cuentan no es ficción, sino que creen que las cosas que relatan son reales, entonces muchas de esas historias

que para nosotros son literatura porque son, o asumimos que son, ficción, para ellos son leyendas, que no llegan a ser literatura por carecer del elemento ficcional. Entonces, para que estas narraciones sean leyenda o literatura, va a depender del lugar del lector o escucha en relación a lo narrado.

En la cultura occidental, la noción habitual de ficción se ha basado en la de mimesis, por lo que se ha considerado que la ficción es la imitación o simulación de la realidad, entonces, al escuchar estas narraciones orales fantásticas las asumimos como ficción en relación directa con la verosimilitud y el pacto que hacemos con nosotros mismos para disfrutar de estos relatos, pero este proceso no se daría en las personas que habitan en lugares rurales en donde asumen, por varios factores, que estas narraciones son reales.

Lo que la llamada cultura popular considera verdadero, nosotros lo calificamos de pura ficción, y pretendemos separar lo natural de lo sobrenatural. Lo que me pregunto es con qué autoridad nosotros podemos hacer esto de asumir algo como ficción o como sobrenatural. Pero, algunas teorías literarias de tipo formalista, que se centran en el estudio del texto, no consiguen resolver, en la práctica, las diferencias entre realidad y ficción; “el análisis formal de los textos no puede discriminar por sí solo su consideración ficcional” (POZUELO YVANCOS, 1993, p. 179), porque, en realidad, el problema de la ficción no es de naturaleza literaria, sino filosófica.

La tía abuela insistía en la veracidad de sus historias y se incluía entre los espectadores de los episodios, incluso el más difícil de creer. Yo, sencillamente no puedo creer que ella se encontrara directamente con el diablo y que este tenía la cabeza de un toro y botaba llamaradas de fuego por las narices. Entonces acá entra el concepto de leyenda para explicar esto. O sea, estamos ante narraciones que son consideradas verdaderas por sus narradores, bien porque ellos mismos han contemplado los hechos, bien porque así lo dice la tradición, que es la verdad transmitida por los antepasados; sin embargo, cuando confrontamos los hechos con la realidad, comprobamos que no resisten la aplicación de criterios de verdad,

que es imposible que mi tía abuela presenciara al diablo de esa manera; en definitiva, que es falso.

Concluimos, entonces, que lo que se nos cuenta ahí “es simbólico”, como dice Sperber (1978); que, a través de este episodio del relato, se expresa una creencia generalizada en las sociedades tradicionales: la presencia del demonio.

Por supuesto, las leyendas son narraciones ficticias, pero no se pueden asimilar a la pura ficción del cuento, por ejemplo. Sus emisores las consideran actos de habla verdaderos; de acuerdo con su intención comunicativa, deberíamos considerarlas narraciones no ficticias, históricas. Al ocupar en la vida social el estatus de narraciones históricas, y mientras permanecen como tales, tienen la fuerza de las creencias; para el antropólogo, lo más importante es su simbolismo. Me alegra saber, como apunta (SILVA; ARAÚJO, 2013, p. 116), que mi tía abuela está dentro de esa “mayoría de narradoras femeninas, principalmente, cuando se trata de cuentos de encantamiento”.

Asimismo, he vuelto a ver a mi tía abuela en la imagen de algunas narradoras de los videos vistos en clase: sus gestos, su énfasis, sus cambios de voz, porque “el narrador es un instrumento. Él presta su voz y su cuerpo entero para transmitir la memoria colectiva, generosamente” (SILVA; ARAÚJO, 2013, p. 116).

Pero, no solo está el hecho de que los narradores de estas leyendas folclóricas o populares las consideren ciertas o reales, sino que esto está condicionado por otros factores más importantes que tienen que ver con las características de toda leyenda como la preservación, tal vez estos narradores piensen que si asumen un valor ficticio en sus narraciones estas puedan perder algún valor, así que se convierten en celosos guardianes de esta tradición, ya que los principales valores de esa comunidad están ligados, muchas veces, a esa narraciones populares. Ahora comprendo a mi tía abuela, su gran molestia hacia mí por sugerir la “ficcionalidad” de sus relatos dieron blanco en lo más profundo de su ser como guardiana de esos relatos.

Sin embargo, para mí, que estuve, de algún modo, alejado de los personajes que participaban de los relatos de mi tía abuela (otros tíos, vecinos del pueblo, etc.) esas leyendas siempre serán ficción, porque “Los dominios de la ficción, entonces, no necesariamente están decretados como tales desde el comienzo de su existencia. Más bien, la ficción, en la mayoría de los casos, es una propiedad históricamente variable” (PAVEL, 1986, p. 101).

En efecto, con el pasar del tiempo, esos relatos han ido perdiendo los lazos que los unían al mundo real, esa capacidad referencial se ha visto resquebrajada, porque “el origen de la ficción reside en la pérdida del vínculo referencial entre los personajes y los acontecimientos descritos en un texto literario y sus contrapartes reales”. (PAVEL, 1986, p. 101). Para mí, y para cualquier persona de la ciudad esas leyendas constituyen relatos, cuentos, literatura oral.

Conclusión

Ahora lo sé: las leyendas se transmiten de generación en generación, en forma oral y su función es sustentar las creencias de una cultura o comunidad y son un elemento esencial en la conformación del pensamiento de los pueblos porque transmiten valores éticos y sociales. La palabra leyenda procede del latín *legenda* y significa “lo que debe ser leído”. Tiene un papel importante en el establecimiento de los valores de las culturas que la producen y plantea una enseñanza. Los narradores orales son los responsables de preservar eso y tanto ellos como sus sucesores, van a considerar a sus narraciones como reales dándoles el valor de leyendas, lo que, sin embargo, para las personas de las urbes, alejados de esa realidad, las vamos a considerar ficción.

Referencias

SCHAEFFER, Jean-Marie. *¿Por qué la ficción?* Madrid: Lengua de Trapo, 2002.

SPERBER, D. *El simbolismo en general*, Barcelona, Promoción Cultural S. A. 1978.

PAVEL, Thomas. *Mundos de ficción*. Caracas, Monte Ávila, 1995

POZUELO YVANCOS, J. M. *Poética de la ficción*, Madrid, Síntesis, 1993.

SILVA, E & ARAÚJO, D. *Por uma cartografia das poéticas da voz na Bahia: Métodos de registro e interpretação*, Número temático: Metodologias de pesquisa em ciências sociais e humanas. A Cor das Letras — UEFS, n. 14, 2013.

[Recebido: 13 mar. 2019 — Aceito: 15 maio. 2019]